

# I

## Bajo la nieve, pan

Es de noche. En el avión directo a Roma, Jorge Bergoglio está sentado en *business class*. No era el lugar que había reservado, pero la azafata le ha pedido que tenga la amabilidad de instalarse allí porque la clase turística está llena.

—Muchas gracias, pero preferiría otro sitio. ¿No hay algún anciano a quien dárselo? —ha objetado él.

La azafata lo ha mirado como diciendo: «Sí, precisamente usted...».

Jorge Bergoglio vuelve a Italia, el país de sus antepasados. Pocas semanas antes, el papa Ratzinger había renunciado a su cargo. Paseando por Buenos Aires, Jorge había atraído las miradas atónitas y desorientadas de la gente.

—Renuncia un papa. Esto sólo sucede cada quinientos años. ¿Qué tiene de extraño? —había dicho a Ángeles, su secretaria, que estaba consternada—. No tenemos por qué volvernos todos locos.

De pronto, la curia se había llenado de gente: sindicalistas, trabajadores, los jóvenes del programa antidroga, los dirigentes escolares. Todos asustados por la idea de no poder hablar con él antes de su partida hacia Roma.

Al ver la reacción de Ángeles, Jorge había intentado desdramatizar:

—Las decisiones del papa no dependen de usted. Al menos por ahora.

Pero Ángeles se había puesto triste.

—¿Y si no vuelve? No piensa en nosotros... ¿Y si no vuelve?

—¿Se refiere a si se produce un accidente aéreo? En este caso, nos volveremos a ver en el cielo.

Aquella broma no había conseguido hacer reír a Ángeles.

Jorge se había asomado un momento por la puerta de su despacho.

—Voy retrasado a causa de las últimas novedades. Aún falta un poco para que me vaya al cónclave.

Después de un momento de silencio desconcertado, entre las personas que se esperaban se había levantado una voz:

—¡Viva el papa! ¡Viva Bergoglio!

Jorge, con el corazón encogido, se había sonrojado.

Antes de partir hacia Roma, Jorge había visitado, en una residencia de sacerdotes, a monseñor Vélez, su fiel ayudante en el Colegio Máximo de San José, en San Miguel, durante los años sesenta. Vélez, en la silla de ruedas, mirándolo fijamente, le había dicho:

—Esta vez no vuelves, ¿lo sabes?

—Vuelvo, vuelvo. Y después vengo para la residencia.

—No vas a volver. Y, si lo haces, no te vas a quedar hasta que el Señor te llame.

—Aquí estás tú —había objetado Jorge— y muchos viejos amigos. Además, la residencia se encuentra a un paso de la casa de mi hermana.

Vélez había negado con la cabeza. Su cara tenía una expresión de infinita dulzura:

—¿Quieres apostar?

—Claro que sí. ¿Una avemaría?

—Una avemaría —había aceptado, sonriendo, el anciano sacerdote.

Luego, como si se hubieran dado cuenta de lo que estaban diciendo, se habían quedado mirándose a los ojos, desorientados y abrumados por la enormidad del hecho apenas aludido.

Jorge Bergoglio tiene el presentimiento que no será sólo un viaje hacia Roma y el futuro, sino también un viaje en su interior, un recorrido hacia atrás en el pasado, hasta llegar a las raíces de su vida y de su alma.

Aparta esos pensamientos de su mente: un hombre con el rostro misterioso, de unos cincuenta y tantos años, está de pie a su lado. Quiere sentarse junto a la ventanilla. Jorge se levanta para dejarlo pasar. El hombre va completamente equipado para el viaje: teléfono, iPad, almohadón en la falda. Ofrece un periódico a Jorge, que lo rehúsa educadamente.

—Gracias. Ya tengo mi «Manual de vuelo» —responde, señalando el breviario.

El hombre lo observa un rato.

—Monseñor Bergoglio, no se acuerda de mí, ¿verdad?

Jorge, sorprendido, se vuelve hacia él:

—Perdone, pero... me encuentro con tantas personas... —responde, en un tono embarazado.

El hombre niega con la cabeza:

—No se preocupe, lo entiendo perfectamente. Se pone cómodo en el asiento y calla.

Después vuelve a dirigirse a Jorge:

—Si supiera cuánto me ayudaron las cosas que me dijo...

Aunque no es la primera vez que Jorge las oye, esas palabras siempre le llegan al corazón.

El hombre no se desanima a pesar del silencio de su compañero de viaje. Sigue hablando:

—Ya sé lo que está pensando: «Pero ¿quién es ese individuo que se permite dirigirme la palabra así?». En esos últimos años, he pensado mucho en su vida y en las cosas que yo llegaba a saber a través de las personas que lo conocían. Buenos Aires parece una gran ciudad, pero, de hecho, no es más que la suma de muchos Flores.

Al oír el nombre del barrio donde nació y vivió, Jorge tiene un sobresalto.

—¿Por qué? ¿Qué se dice de mí? ¿Circulan muchos chismorreos?

—Se sabe, por ejemplo —cuenta el hombre—, que quería ser misionero en China...

—... en Japón —lo corrige Jorge.

—China, Japón... tanto da. Al fin y al cabo, no ha ido a ninguno de esos países. Y probablemente no irá nunca. Me caía bien, nuestro cardenal de Buenos Aires, cuando era joven y lleno de esperanza y quería ser misionero...

Jorge, sonriendo, lo señala con el dedo índice:

—¿Periodista?

El hombre niega con la cabeza:

—Frío, frío...

Jorge asiente con amabilidad.

—Si no le molesta, voy a cerrar los ojos un ratito...

Se sienta bien, dándole un poco la espalda al hombre.

Algunos recuerdos son como el agua, que empuja por brotar y nutrir el terreno del alma. La vida, sin la memoria, no es nada. El presente es hijo del pasado, y Jorge recuerda. Con devoción, con gratitud. Con amor.

Era su gran sueño, el deseo que corría por las venas de su fe: ser misionero en Japón. Su querida abuela Rosa fue quien lo condujo hacia Jesucristo y le enseñó la importancia de la oración. Su querida abuela italiana. Jorge, de niño, había pasado muchas horas con ella, y, tras su muerte, había conservado con amor su testamento y varias cartas en el breviario. Los abuelos, Giovanni Angelo y Rosa Margherita, se habían trasladado a Buenos Aires a finales de 1928, cuando el padre de Jorge, Mario José Francisco, tenía veinte años. Jorge siempre ha amado mucho a la familia, a los padres, a la madre Regina María. El hogar era su nido, el puerto seguro. También le gustaba mucho estudiar para perito químico. Pero a los veinticinco años su sueño era ir a Japón y ser pescador de hombres, tal como enseñaba Jesús a los apóstoles.

Jorge está ante tres jesuitas ancianos y el padre Jalics, en espera de saber si su petición ha sido aceptada.

—Usted estuvo enfermo durante la adolescencia, Bergoglio —le dice uno de ellos.

—Me operaron en un pulmón, pero ahora estoy bien.

—¿Con medio pulmón menos? —le espeta su interlocutor.

—Si puedo respirar aquí, puedo respirar en cualquier lugar del mundo. —Baja la cabeza. Permanece un momento en silencio, luego prosigue—: En Japón, en 1598, había quinientos mil católicos bautizados. Ahora no llegan a cien mil.

—¿Y quiere reducirlos a cincuenta mil?

Jorge queda desconcertado. Ni siquiera sabe si la última frase es una broma. Se agarra a la fe, a la firme convicción de que su deseo coincide con la voluntad de Cristo.

Pero el padre Jalics lo amonesta:

—No procedes correctamente, Jorge. Primero hay que aprender las cosas sencillas. Como mínimo tienen que transcurrir diez años más antes de que la orden decida tu destino.

Jorge sonríe. Su sonrisa intenta conquistar la simpatía de los tres jesuitas ancianos.

—Tendré que recurrir a la santa paciencia, supongo...

El padre Jalics lo contradice:

—Basta con un poco de paciencia normal. No hace falta que sea santa.

—De aquella tengo mucha —replica Jorge, poniéndose de repente serio.

Al oír esas palabras, interviene uno de los ancianos:

—¡Vaya! Espero que tengas bien claro que la fe no tiene que ser triste.

—Los santos tristes son tristes santos. Lo decía siempre mi abuela. —Ahora Jorge está muy serio—. Y una carcajada de vez en cuando. ¡Cuando se ríe, el demonio huye!

Todos se echan a reír, excepto Jorge.

Aparte del amor a Dios y al prójimo, la pasión de Bergoglio, su interés principal ha sido siempre la química. Por eso, Jorge se lleva una gran sorpresa cuando, poco después, el padre Jalics le comunica que no sólo se quedará en Argentina, sino que, además, tendrá que enseñar literatura.

—¡Pero si soy químico! ¡No sé nada de literatura! —exclama Jorge, estupefacto.

—Pues ahora no tienes más remedio que estudiar literatura —replica, impasible, el padre Jalics.

—Me parece una pérdida de tiempo quedarme en Argentina para enseñar una cosa que no sé.

—En la vida, te vas a encontrar muchas veces ante un dilema. Ahora el dilema es: volver a la vida de laico o continuar en la Compañía de Jesús. Has de ser capaz de elegir libremente. Y, para conseguirlo, no te tienes que dejar dominar por los sentimientos. Has de aprender a prescindir de ellos. Has de abandonar la rabia, las pasiones, el sentimiento de culpa... y, sobre todo, la soberbia.

Jorge tiene un sobresalto:

—¿Es que parezco soberbio?

—Sí, un poco— contesta el padre Jalics

—¿Y ambicioso?

—Un poco.

—¿Y qué hay que hacer para no ser soberbio?

—No perder la alegría, sea cual sea el lugar y la batalla. El enemigo trabaja para que la pierdas. Y, si lograra su propósito, introduciría la ambición en tu alma.

Las palabras del padre Jalics caen ligeras como la nieve en el corazón de Jorge Bergoglio. «Bajo la nieve, pan», dice un viejo proverbio.

La familia y los amigos de Jorge, cuando se enteran de que él se queda en Argentina, celebran la noticia. Están todos: los padres, Mario y Regina; la abuela Rosa; los hermanos Marta Regina, María Elena, Óscar Adrián y Alberto Horacio. También están sus dos mejores

amigos: Esther, casi una hermana para Jorge, una mujer segura de sí misma, con las ideas claras y un mordaz sentido del humor, y Luis, ambos compañeros de Jorge en el laboratorio Hickethier-Bachmann.

—¡Brindamos por Jorge, que no se va a China! —exclama Mario, muy contento.

—A Japón —lo corrige Jorge.

—Y que, en vez de irse a Japón, se queda en Argentina a enseñar...

—... literatura —Jorge completa la frase.

—¿Puedo decirlo? —pregunta Mario—. No entiendo por qué te asignan la enseñanza de la literatura. ¿Por qué no la química, si es lo que has estudiado?

Jorge se encoge de hombros.

—*Per aspera ad astra...* —dice, sonriendo. Y, al ver las miradas desorientadas de la familia y de los amigos, traduce—: «Hacia las estrellas a través de las dificultades». Es la sabiduría del Espíritu Santo... ¡Tenemos que confiar en él, hace un montón de tiempo que se ocupa de estas cosas!

Todos se ríen.

Regina levanta la copa:

—Brindo por ti, hijo mío. Para que vayas adonde más te aman. Y si no quieres estar con tu familia...

Jorge sabe que las palabras de su madre disimulan la amargura de no tenerlo más a su lado. Ha captado el contenido melancólico de aquella frase alusiva.

—Yo «quiero» estar con mi «familia». Y mi «familia» es el mundo.

El brindis final, las risas, la alegría, los silbidos, las palmaditas en el hombro.

Jorge ve la mirada divertida de Esther, que observa la escena.

Unos días después, en el laboratorio Hickethier-Bachmann, Esther lo recibe con una sonrisa.

—Cuando quieras volver, el puesto de trabajo es tuyo. Aquí Luis se está matando para sustituirte.

Luis, que está ahí con ellos, asiente convencido.

Mientras Esther le habla, Jorge mira detrás de una vidriera, donde una chica china está inclinada sobre su mesa de trabajo, pero de vez en cuando busca desesperadamente su mirada.

—Te lo agradezco, pero ya sabes que mi misión es enseñar literatura.

Esther calla un momento.

—No debe de ser fácil.

—En absoluto. Mi madre tiene una manera muy suya de insinuar que me quiere aquí. Me dice «vete», pero significa «quédate».

Esther se ríe:

—Claro, tu familia es medio italiana.

Jorge replica:

—Somos completamente italianos... y, al mismo tiempo, completamente argentinos. En este país, cuando dos discuten, al menos son cuatro: el argentino-italiano contra el argentino-alemán, paraguayo, judío, guaraní... el peronista contra el antiperonista, el comunista contra el conservador... En casa, si los contamos, somos ocho, pero en realidad somos al menos dieciséis —concluye, suspirando.

—Menos mal que te lo tomas con ironía.

—No era una broma, Esther. Y, de hecho, no has reído.

—Mira, Jorge —dice Esther, poniéndose seria—, entiendo la duda que te atormenta en este momento, pero sólo se vive una vez. La felicidad colectiva está hecha de felicidades individuales. Tienes que tomar una decisión pensando en ti, no en los demás. Si cada cual buscara la manera de ser feliz sin molestar a los demás, todos seríamos felices.

Jorge sigue observando a la chica que trabaja detrás de la vidriera. Ella le devuelve las miradas con una expresión triste y, a la vez, llena de esperanza. Después baja la cabeza. Se estremece cuando Esther termina de hablar.



—Eso no parece marxismo. ¿Qué es?

—Estherballestrinismo —declara Esther en tono burlón.

Jorge se ríe. Esther se vuelve a poner seria.

—Gabriela ha preguntado por ti.

Jorge no sabe qué responder. Las palabras que conoce no logran expresar sus sentimientos y sus convicciones. Lleva a Gabriela en el corazón, pero no puede ocupar el lugar que ella desea.

Esther insiste:

—Tienes que aclarar si tus sentimientos por ella son sinceros. Si es amor o gratitud por ser amado. Y has de elegir libremente. Pero ella debe saberlo. Todavía espera.

Fue una tarde en el campo. Todos los amigos se habían reunido alrededor de Luis, que tocaba la guitarra. Gabriela cantaba en voz baja. Después un paseo, una tormenta inesperada, los chicos corriendo para ponerse a cubierto, Gabriela apoyada en un árbol, dispuesta a dejarse besar.

Jorge se había enamorado. Sin embargo, para él era imposible amar completamente, de cuerpo y alma, elegir ser todo uno, él y una mujer, porque en su corazón, el amor más grande era para Dios.

Una noche, mientras paseaba sumido en sus pensamientos, había sentido una llamada. Una «llamada» en el sentido literal de la palabra: había tenido un sobresalto y había mirado a su alrededor para averiguar quién lo llamaba con tanta insistencia.

A lo lejos, sólo se veía una iglesia. «Tal vez la voz venga de allí», había pensado. Después de acercarse y entrar, se había sentado. La iglesia estaba desierta, salvo por un sacerdote, que trataba de enroscar una bombilla.

Jorge tenía la sensación de haber llegado, como si hubiese encontrado su lugar en el mundo. A sus orejas sólo llegaba el sonido suave de su propia respiración. Aquel silencio le hablaba dulcemen-

te, lo acariciaba, era un silencio lleno de palabras, de futuro, de dolor, de determinación. Era su vida.

Jorge respiraba.

De repente, el cura consiguió que hubiera luz. La bombilla se había encendido.

Jorge no sólo se había enamorado, también había tenido un trabajo y un grupo de amigos del que formaba parte Gabriela, había vivido los días atormentados de un país prisionero de la violencia y de la sed de poder. Jorge había sufrido con los pobres, compartiendo sus penas. Conocía bien la Argentina, sus almas, sus conflictos, sus muertos.

Muchas veces se reunía con los amigos para beber y bailar, y se ponían a hablar de política.

—¡Estos hijos de puta fusilan! ¡Habría que organizar una resistencia!

—Ya se están organizando muchos compañeros...

—Tenemos que defendernos no sólo de los militares, sino también de los vecinos infames, de los maestros infames, de los curas infames...

Cae un profundo silencio sobre el grupo de amigos. Todos vuelven la cabeza hacia Jorge, que dice, como si hablara para sus adentros:

—Los cazas que bombardearon la plaza de Mayo llevaban el *Cristo Vence* en el fuselaje.

Interviene un amigo de Luis:

—En las homilías, lo contaban con todo el orgullo del mundo.

Luis mira a Jorge con el afecto de un hombre que se preocupa por las decisiones de su propio hermano, después se enoja y le espeta:

—Bendijeron los aviones antes del bombardeo. ¿En qué Iglesia estás entrando, Jorgito?

Jorge calla.

—No te entiendo, de verdad —prosigue Luis—. ¡Son como Pío XII, están con los nazis! ¡No tienen escrúpulos! ¡No mueven ni un dedo! ¡No entiendo el gran sacrificio que haces, Jorgito! ¡No eres un infame! ¡De cura, sólo tienes la sotana! Ni tu abuela se cree que algún día te lleguen a ordenar sacerdote.

Jorge permanece en silencio, impenetrable, serio. La tensión es palpable. Todos temen su reacción.

Jorge agarra el sifón, apunta el pico hacia Luis y empieza a mojarlo, persiguiéndolo alrededor de la mesa, entre risas y gritos.

Mientras tanto, Gabriela, que había dibujado la cruz del símbolo del *Cristo Vence*, transforma esta misma cruz en una P delante de una V.

—*Perón vuelve* —dice Gabriela—. Tanto si les gusta como si no a los americanos, a los curas infames o a los mafiosos de la Sociedad Rural. ¿Ahora alguien me saca a bailar o prefieren estar todo el rato gritando?

Pero las palabras son piedras. Una vez lanzadas, no vuelven hacia atrás. En efecto, golpean a cuatro chicos de la mesa del lado; uno de ellos se levanta e insulta a Gabriela:

—¡Calla, estúpida peronista! ¡Aquí no queremos cabecitas negras!

Jorge y Luis interrumpen su juego. Jorge se encara con el muchacho y defiende a Gabriela.

—No hace falta emplear un lenguaje de este tipo.

El chico abofetea a Jorge. Gabriela grita:

—¡Cobarde, es un cura! ¡Por qué no me pegas a mí, desgraciado, pega a una mujer, a ver si eres capaz de hacerlo!

Un hombre se acerca a Jorge:

—¿Eres cura? ¿De verdad?

Jorge asiente con la cabeza, y entonces aquel hombre también le da una bofetada:

—¡Viva Perón! ¡Curas fascistas! ¡Vete de aquí, es inútil que te hagas el héroe!

Gabriela insiste:

—Es cura y también peronista. ¡Está de tu parte, cretino!

El antiperonista se acerca a Jorge y le da otra bofetada. La pelea que sigue es confusa y violenta. El dueño del bar, un español, se encarga de acabar con ella: primero amenaza a los antiperonistas con una barra de hierro y después los echa del local.

Gabriela, recuperada la calma, elige un disco.

Luis da un codazo a Jorge:

—Te está esperando.

Se oye la música de un tango muy dulce.

Jorge toma a Gabriela entre sus brazos y se ponen a bailar. Luis los observa y sonrío: parece de repente que la explosión de violencia de hace pocos minutos pertenece a otra época. Luis contempla a Jorge y a Gabriela; al ver sus expresiones tiernas y embelesadas, está convencido de que Gabriela lo ha conseguido: Jorge no se irá.

Abrazada a Jorge, Gabriela murmura:

—¿Puedo hacer algo por ti, Jorge?

Jorge suspira:

—No lo sé. Eres muy amable, pero creo que no. Me quedo dos semanas más, luego vuelvo al seminario.

Gabriela suspira:

—Te quería decir que, a diferencia de Él, que es eterno, yo tengo fecha de caducidad. Y ya ha llegado. Ahora estoy aquí, dentro de poco ya no estaré. Si quieres, todavía te puedes contentar con algo que es un poco menos que Cristo.

La familia.

Ese pensamiento acompaña siempre a Jorge, ahora más que nunca. La familia de origen: los padres, los hermanos, la querida abuela. No se había imaginado nunca que debería llevar consigo su propia familia al entrar en otra «familia», más grande, más numerosa, más santa.

Su familia es la Iglesia, su familia es Dios.

Gabriela, sin dejar de bailar, baja la cabeza. Tiene los ojos brillantes. Aspira con la nariz. Luego vuelve a mirar a Jorge.

—Nunca te he preguntado cuándo sucedió...

Jorge suspira.

—Fue después de haberte acompañado a casa... ¿te acuerdas? Llovía a cántaros... Pasé por la plaza... y vi la iglesia... Entré. De repente oí la voz de alguien que me estaba esperando... desde hacía mucho tiempo. Tenía los zapatos mojados, pero no me di cuenta hasta que llegué a casa. ¡Imagínate!

En la mente y en el corazón, Jorge vuelve a ver la bombilla que se enciende en la iglesia de San José de Flores. Una lucecita, pero más grande que cualquier sol. Oye otra vez la voz que lo llamó. Oye a Gabriela que llora desesperadamente, y la abraza torpemente. Sigue apretándola, mientras ella no para de sollozar.

Nadie ha dicho nunca que, para formar parte de una familia, sea imprescindible tener lazos de sangre. Y esto Jorge lo sabe muy bien. Una de las personas que siente más cerca de su corazón es Esther.

Es una mujer fuerte, decidida, con ideas políticas muy definidas y la voluntad de expresarlas y de luchar por afirmarlas. Pocas personas son aparentemente más diferentes que Esther y Jorge. Sin embargo, las raíces de sus almas se hunden en la misma idea de justicia y amor. Sólo es diferente la manera de ponerlas en práctica.

Antes de partir hacia Santa Fe, donde ha de enseñar literatura, Jorge y Esther se reúnen en casa de los Bergoglio. Para saludarse, hablarse, mirarse a los ojos, apoyarse uno a otro.

—Deberías estar satisfecho —dice Esther, observándolo con atención.

Regina se lleva a Elena, para que los adultos se queden solos y puedan hablar tranquilamente. A Regina le gustaría conservar a Jorge a su lado, pero sabe que él no piensa echarse atrás.

—¿Satisfecho de qué? —pregunta Jorge, que no entiende la frase.

—De haber tomado esta decisión. No es fácil, para un cura que ha estudiado química, enseñar una asignatura que no conoce. Para uno que está dentro de la Iglesia, pero también a favor de Perón. Y que deja aquí amores potenciales, familiares, amigos... Deberías estar contento de haber desatado los nudos que te encadenaban. Había muchos.

Los nudos.

Los nudos, piensa Jorge. Los nudos de su corazón. De su mente. De su vida. Los nudos que hay que desatar para que el amor fluya libremente, para que el amor llegue a quien lo necesita. Para estar presente, aquí y ahora, consigo mismo y con Dios. ¿Quién desatará sus nudos? ¿De verdad que ya están desatados?

Esther esboza una sonrisa.

—Veo que, como buen jesuita, ya has aprendido a no mostrar lo que piensas o lo que sientes de verdad —declara Esther en un tono sarcástico y dolido.

—¿Pero qué dices? ¿No te das cuenta de que yo, un novicio, busco consuelo en una comunista?

Esther se ablanda.

—Has venido porque sabes que en algo nos parecemos. Nos gusta cambiar las cosas, y estamos tan locos que pensamos que a los demás también les gustaría cambiar... su forma de ser, el ascensor de su casa, el mundo. Y sabes que, aunque tengo muchas reservas sobre tu Iglesia, te aprecio mucho y siempre te apoyaré en tus decisiones. ¿Sabes por qué un día decidí quedar embarazada?

—No...

—Porque pensé que mi deber era tener hijos... Si algún día me pasara algo a causa de aquello en lo que creo, ellos levantarán mis banderas. Y si yo no puedo ver grandes cambios, los verán mis hijos, o los hijos de mis hijos.

Jorge niega con la cabeza.

—Yo no soy tan loco como tú.

Esther se ríe.

—¿Pero qué dices? Quizá es verdad. Quizá eres menos loco que yo. O quizá más. En cualquier caso, te envidio, ¿sabes?

Esther baja la mirada, casi intimidada por aquella confesión. Jorge se da cuenta. El silencio que sigue es denso de palabras no dichas.

—Te envidio el hecho de que seas creyente. ¿Cómo lo consigues? ¿Cómo puedes no dudar nunca?

—Y tú, ¿no dudas del triunfo de la revolución?

—¡Nunca!

—Pues a mí me pasa lo mismo.

Otra larga pausa de silencio. Demasiadas preguntas no formuladas, demasiadas dudas, demasiados interrogantes. Para Esther es difícil aceptar que su amigo fraterno crea ciegamente en algo que para ella no existe. Lo intenta otra vez:

—Pero alguna duda tendrás...

Jorge vacila. Sigue callado, después se decide a hablar:

—De no tener fuerza suficiente.

—¿Para qué?

—Para enfrentarme con el enemigo. Que, en tu caso, es el capitalismo, y, en el mío, el demonio.

Esther se echa a reír y apoya una mano en la suya.

—¡Vaya pareja!

—Sí. Según parece, a nosotros no nos interesan las cosas sencillas...

—Cuidado, Jorge. Eso es soberbia. Somos como todos los demás, y nos suceden las mismas cosas que a los demás. —Le aprieta la mano—. Ahora, por ejemplo, tengo un dilema.

Jorge, inquieto, la mira a los ojos.

—No sé si quedarme aquí y continuar esta conversación o no dejar que se quemé la cena.

Las carcajadas que estallan entre ellos son como un abrazo que sella el amor más puro: el que se da entre hermanos.

Desde 1957, pocos meses después de haber entrado en el seminario, Jorge vive con un solo pulmón. Durante días, durante semanas se había preguntado el porqué de tanto sufrimiento y tanto miedo. La infección lo había dejado postrado, fue una prueba dolorosa para su fe. Prueba de la que, como una ánclora benéfica y amorosa, lo había salvado sor Dolores, la monja que había conocido de niño en el colegio Nuestra Señora de la Misericordia. Gracias a ella, Jorge comprendió que estaba «imitando a Jesús». Gracias a ella, otro miembro de su «familia».

Jorge entró en la Compañía de Jesús el 11 de marzo de 1958, y desde entonces ha obedecido siempre, incluso cuando le ha costado mucho obedecer, incluso cuando no ha podido seguir su ideal del Evangelio, incluso cuando no le han permitido ir a Japón como misionero para evangelizar el país.

En cambio, la Compañía de Jesús le ha asignado la tarea de enseñar literatura en el Instituto de la Inmaculada Concepción, en Santa Fe, a pesar de ser químico. Y ahora también obedece.

Dejará su familia, sus amigos, su enamorada, sus recuerdos, sor Dolores, toda su vida, porque la «familia» lo llama, porque Dios lo necesita y él es un instrumento en manos del Señor.

Jorge ruega a Dios que le dé fuerzas para cumplir con su deber, para ser digno de ser su hijo.

Ahora está preparado para partir.

«El avión debería despegar», piensa Jorge, impaciente.

—Usted, con toda la experiencia que ha acumulado, debería ser papa, ¿lo sabe? —insiste el hombre misterioso sentado a su lado.

—Eso no lo decido yo.

—La pedofilia, los bancos, los escándalos... Ratzinger no podía con tantos problemas. Por eso ha abdicado...

Jorge no aguanta más. Se levanta, se acerca a la azafata, le pregunta si hay un asiento libre en otra parte. La azafata, por desgracia, no lo



puede ayudar. Lo único que puede hacer es preguntar si hay alguien dispuesto a cambiar su sitio por el de Jorge. Él niega con la cabeza.

—No se moleste. Ha sido muy amable. Gracias.

Antes de volver a sentarse, se para. Observa al hombre atentamente, lo señala con el dedo y asiente convencido.

—Ya sé quién es usted. ¡Uno de mis alumnos del Instituto de la Inmaculada, en Santa Fe! ¿Estévez? ¿Ezcurra? ¿Collins?

—Frío, frío... —responde el hombre, sonriendo.

Jorge contiene su irritación. Intenta leer el breviario, pero no logra concentrarse. Algunos viajes son agotadores desde el inicio: uno tiene la sensación de que no va a volver.